

EL CIENTÍFICO FRENTE A SU PROPIA FE

Le scientifique aux prises avec sa propre foi, Christus, 50 (1966) 219-231. La ed. Désclée de Brouwer, Bruxelles, ha publicado el texto íntegro del artículo en la obra colectiva: La Solitude. La traducción española aparecerá en breve en la misma editorial, Bilbao.

Es un hecho fácil de constatar que hay científicos que afirman creer en Dios Creador, en Jesucristo, su Hijo único, nuestro Salvador, en la comunión de los santos, en la vida eterna. Mucho más difícil es "verificar" si esta afirmación corresponde a una realidad profunda: no perteneciendo ya al dominio de los hechos, la "verificación" no pueden proseguirla sino los que tienen fe. Sin embargo, por lo que he podido ver, el resultado es muy positivo: quienes creen en Jesucristo reconocen en sus hermanos científicos una actitud de fe que es auténticamente la misma suya.

Pero cuando el cristiano no científico penetra más profundamente en la conciencia de su hermano científico, se sorprenderá tal vez ante cierta especie de incomodidad en que ese "fenómeno" se debate, en busca de su propia inteligibilidad. Esta constatación sólo podrá sorprender a quien no haya examinado suficientemente su propia fe. Esto es al menos lo que piensa el científico, al menos lo que pienso yo como científico, y esto es lo que aquí voy a tratar de explicitar. Estoy convencido de que el problema no es sólo personal, de que su solución es algo que compromete a todos los cristianos, si es que quieren responder a las preguntas que los hombres les formulan.

LOS "POLOS" DE LA INCOMODIDAD

Contenido de los Libros Sagrados

Lo que se cuenta en ellos, tomado a la letra, es, con frecuencia, inverosímil. Contradice las leyes que rigen el mundo, cuya inmutabilidad postula -y cree- el científico.

La desconfianza del científico ante el milagro relatado por estos Libros es doble: a) está persuadido -los especialistas así lo afirman- de que no hay que tomar a la letra todas las narraciones. Por tanto, si algunas de ellas son imágenes simbólicas destinadas a ilustrar una verdad de fe, ¿qué crédito hay que conceder a aquellas que se oponen directamente a leyes físicas actualmente bien establecidas? b) no existe ningún fenómeno milagroso que se haya podido estudiar con el rigor que exige la experiencia científica. Para ello se requiere poder *reproducir* "el suceso" en, las mismas condiciones, de lo contrario no se lo puede tener en cuenta.

El científico se impone constantemente esta metodología y frecuentemente con esfuerzo. ¿Cómo abandonarla al leer los Libros Sagrados? La desazón es grande, de ahí la desconfianza.

El científico cristiano sabe, por la fe, que el milagro es signo, que lo que importa, sobre todo, es su significado. Lo cual no le impide preguntarse por qué Dios haya tenido que manifestar sus intenciones al margen del determinismo dentro del cual El mismo creó el mundo: para quien sabe leer, todo es signo, la creación es ya un milagro permanente. El científico respiraría más tranquilo si estuviese seguro de que los autores de los Libros Sagrados han añadido bastante, de su parte.

Formulación de la doctrina

El científico desconfía de palabras que pretendan "captar" la cosa en sí, pues él esto no lo consigue jamás. Cuando habla del electrón, describe su comportamiento: no dice *qué* es, ni siquiera *si* es, dice *cómo* es. No afirma nada sin referirse a la experiencia, sin precisar el significado operativo de sus palabras. Por eso, ante una obra teológica, su desazón es grande: allí, el dato de las cosas parece confundirse con el de las palabras; se discurre largamente sobre el sentido de tal o cual palabra, ¡sin haberla antes "definido"!

El científico sabe que el razonamiento teológico -o simplemente el ontológico- dice lo que es o lo que debe ser, no el cómo de las cosas, que es oficio de la ciencia. Pero, bajo pena de una inquietud difícilmente tolerable, exige:

- por una parte, que dicho razonamiento se enlace con el de la ciencia sin superposiciones: toda intromisión en el terreno de la ciencia, que no esté de acuerdo con las conclusiones de ésta, tendrá como saldo, inevitablemente, la derrota de la afirmación teológica. Si está de acuerdo, será incumbencia de la ciencia, y la afirmación dogmática resultará no sólo superflua, sino inoportuna.

- El científico exige, por otra parte, que las "razones" y los "porque.." teológicos remitan a algo distinto del poder adormecedor del opio. Sin duda, si supiese él de qué se compone ese "algo distinto", su inquietud cesaría, incluso sin dársele razones. Así es su modo de ser. Simultáneamente, no sabe con exactitud lo que quiere, pero si se le urge una formulación de sus exigencias, en su mentalidad no hallará otros términos que "inteligibilidad" y "solidez de fundamentos". Inteligibilidad, para que su "yo" creyente no quede disociado de su "yo" científico: imposible pagar el precio de su fe con la pérdida de su unidad de hombre! Fundamento, para que su fe no sea una mera credulidad irracional; para él, sería insoportable una fe montada sólo sobre palabras.

¿Exigencia insensata? ¿No se trata acaso de cosas de sí? Insensato más bien quien no proclamara esta exigencia: después de todo, ¿no era ella misma la que animaba, por ejemplo, a un Tomás de Aquino?

Desconfianza ante lo meramente afectivo

En su propio campo, el científico desconfía ya de sus sentimientos, pues sabe que sólo le dan sinsabores: los resultados no son casi nunca los que él hubiera deseado. Entonces, ¿qué pensar de sus sentimientos religiosos? Desde luego, aprecia como buenas la humildad, la esperanza, la caridad, el don de sí, pero esto también lo hace el marxista, y para él no conducen a la vida eterna. ¿Y si la actitud de oración fuese solamente una actitud? ¿Y si la genuflexión en la iglesia fuese solamente sentimiento? El *solamente* es psicológicamente muy incómodo. Otra vez aquí, el alivio no puede venir sino de una fundamentación del sentimiento mismo.

Pero no son sus propios sentimientos los únicos que causan desconfianza al científico: en la estructura de la liturgia y en la literatura cristiana hay también una especie de explotación sistemática del sentimiento. Aunque hay que reconocer que esto no es irremediable.

Comportamiento moral de los cristianos

En un nivel de comportamiento humano, la filantropía socialista y la caridad cristiana aparecen como dos expresiones de la misma actitud. Se dirá: el ateo no sabe que su amor a los demás nace del amor que Dios le tiene a él; el cristiano, en cambio, sí lo sabe. La religión cristiana ha triunfado en el mundo por la fuerza irresistible del testimonio de fraternidad que reina en la comunidad cristiana, y por la actitud de amor que tienen los cristianos para con los no cristianos. La demostración de que Dios existe es que los que creen en él son mejores.

Prescindiendo de la historia, lo que hoy se puede decir es que los hechos no son ya una prueba, si no es en contra, de esas afirmaciones. Para la mentalidad del científico, las estadísticas tienen valor demostrativo. Por eso, aquí su desazón se convierte en amargura.

La única "ventaja" que poseen los cristianos es saber que pecan y que con su penitencia pueden ganar la vida eterna. Pero ¿acaso la conciencia de actuar mal es una ventaja? Y ¿qué ocurre con los demás respecto a la vida eterna?

LA FE COMO EXPERIENCIA

¿Cómo se sostiene entonces la fe del científico, a pesar de estas repugnancias? La respuesta es sencilla: *la fe es experiencia, por tanto no se la puede eliminar. Es un fenómeno vivido interiormente y, como fenómeno, el científico no la puede rechazar.* Tratamos aquí de experiencia en la edad madura, en la cual no parece que pueda influir el hecho de que se posea la fe ya desde la infancia, o se la haya adquirido más tarde. En cambio, parece que el contenido de la experiencia difiere mucho de un individuo a otro. Lo que sigue, pues, hay que considerarlo como bastante personal.

Los dos últimos "polos" de incomodidad no tienen la misma importancia que los primeros. Si éstos se disipasen, parece que la efectividad ocuparía su lugar adecuado y se fundamentaría conjuntamente con la fe, y que la amargura derivada de la conducta de los cristianos, aunque no desapareciera, no oscurecería la prueba, al provenir su fuerza de otra parte.

El verdadero problema es metafísico. ¿Cómo, a pesar de la incomodidad al leer los textos sagrados y al escuchar la palabra tradicional, se puede permanecer en la fe? El hombre no puede responder, sólo puede dar testimonio de esto: *de la vergüenza que experimenta ante los intentos, nunca logrados, de responder de una manera puramente racional a la interrogación fundamental, vergüenza que se siente como fracaso de la razón pura y como revelación del pecado.* La incomodidad se hace mayor, aumentada por la misma fe.

Recordemos algunas de las dificultades que suscita un intento de explicación racional del mundo. De la ciencia no se desprende ninguna metafísica, pero, de hecho, la situación no es tan clara. Son numerosos los científicos que, a partir de un análisis crítico de los "formalismos" (conceptos primarios, normas de la deducción y postulados fisicomatemáticos), han llegado a un idealismo bastante definido: su deseo de fundamentación y su desconfianza metodológica ante toda "substancia" material o espiritual les hace refugiarse en la verdad incondicional de la relación. Esta actitud, que

rechaza todo lo que no está fundado, desconoce "qué" son los objetos del mundo exterior percibidos por los sentidos, y sostiene que sólo se puede entrar en comunicación con ellos mediante las relaciones del conocimiento; análogamente, al hablar de las "evidencias" interiores: justicia, libertad, amor al prójimo, las relativiza. También se hallará a disgusto cuando se le hable de derecho natural. Todo científico estará de acuerdo con semejante análisis crítico, pues para él todo concepto aceptable ha de ser de naturaleza operativa.

Y, no obstante, parece insensato no aceptar "en todo su calor" la captación ingenua del mundo sensible, la frescura de la existencia. Y respecto al derecho natural ¿no protesta también espontáneamente el científico contra las "injusticias"? y ¿no carga también él de valor expresiones como "dignidad humana", etc?

Pero ¿qué significa aceptar el mundo en "todo su valor"? y ¿de dónde procede el fundamento que le damos a la justicia?

El marxismo da una respuesta a estos interrogantes. Sólo existe la materia como sustancia, que es a la vez principio y fin. En la infinita riqueza de su despliegue gana cualidades cada vez mayores al hacerse más compleja. La justicia, la dignidad, son cualidades específicas del último fruto de la evolución, el hombre. Bien, pero cuando hablamos del sentido de la persona humana, del universo, estas palabras ¿son vacías? Un acuerdo de opiniones sobre el sentido de la historia es fácil, pero ¿qué decir de las leyes que rigen el universo? ¿y de su historia en particular? Para alguno la pregunta no tiene sentido, pero el hecho de que otros planteen el problema ¿acaso no es ya un problema?

Vergüenza de no plantearse el problema. Vergüenza de haber establecido a priori que no existía problema.

Conciencia de lo que esta vergüenza es como fenómeno. Esto quizás no esté muy lejos de la oración.

Aquí se abre la posibilidad de acoger el mensaje cristiano. Esta vez se alcanza un sentido, pero ¿a qué precio?

CONDICIONES DEL INTELIGIBLE QUE HAY QUE PROMOVER

El precio a pagar es enorme, y nunca se realiza totalmente a causa de esta exigencia de inteligibilidad.

La rebeldía contra la injusticia en este mundo, la certeza de que las riquezas aquí abajo son vanidad de vanidades, el rechazo de todo mal obrar, adquieren valor si los justos alcanzan la vida eterna: y no se trata de una recompensa vulgar, sino de la paz del cielo y también la de la tierra, no obstante el sufrimiento, en la espera del Reino. El sentido es manifiesto, pero ¿qué es la vida eterna? Para la inteligibilidad el obstáculo es doble.

El científico tiene un agudo sentido de la inmutabilidad de las leyes que rigen el mundo, las cuales se presentan como un conjunto de postulados físicos, relaciones matemáticas y reglas lógicas. Este conjunto lógico-físico-matemático es "eterno" o la verdad

científica carece de sentido. Hemos encontrado algo eterno en lo que yo mismo participo. Pero, -paradoja dolorosa-, esto eterno lo es solamente en la medida en que es independiente de mi persona: sólo hay verdad científica cuando el individuo desaparece ante la ley.

La vida eterna de que me habla Cristo no es esto, Él se refiere a mi persona: "custodiat animam tuam.... "

El científico se siente desgarrado, pues la ciencia le da una visión más y más precisa de su "anima", que excluye a primera vista toda eternidad. Admitido definitivamente que la vida es la cualidad global, que aparece cuando el sistema físico ha alcanzado determinado grado de complejidad, también se concibe la conciencia como la cualidad global que aparece cuando el, sistema físico ha alcanzado un grado de complejidad suficiente, más elevado que el que corresponde al nivel de la vida. ¿Cómo aceptar que esta cualidad, que aparece cuando se da determinada organización, no desaparece con la muerte física?

En estas condiciones, y a pesar de la luz que aporta la fe, el creer en la vida eterna sólo puede parecer insensato. La fe es escándalo, pero el hombre proclama a la vez su sed de inteligibilidad. ¿Y si la fe no fuera más que una ilusión? ¿pura afectividad? La desazón es total. La fe, para ser, no puede no ser al mismo tiempo búsqueda de su propia inteligibilidad. Siendo esto así, es evidente que ésta inteligibilidad no podrá equipararse con la científica. Pero el promover una inteligibilidad de la fe, que admita en primera aproximación la inteligibilidad científica, es tarea que forma parte integrante de la fe del científico. Sin esta inquietud constante su fe no se mantendría.

Pero ¿cómo promover un inteligible tal? Sin pretender dar una respuesta, intentaremos determinar algunas condiciones sin las cuales cualquier camino de solución se vería abocado al fracaso. Nos fijaremos en tres, sugeridas por la promesa de la vida eterna, la encarnación de Dios, y su relación de amor con las creaturas.

La vida eterna

El hecho de que lo que hay de más personal en una creatura sea susceptible de subsistir eternamente después de la muerte, el hecho de que lo que hay de más personal en una creatura sea lo que la constituye en célula del cuerpo de Cristo resucitado, *no será inteligible jamás si la noción de individuo no es repensada en su raíz*. De ahí que el inteligible que hay que promover tendrá que empezar por una revisión de la lógica aristotélica. Con la reflexión como instrumento precioso, la lógica, axiomatización de la estructura de la razón-en-acto, tiene que ser rehecha a la luz de las exigencias simultáneas de la fe y del pensamiento científico actual.

Para atenuar la sorpresa que pueda producir tal afirmación, diré que el científico topa desde hace tiempo con dificultades derivadas de la noción de individuo (física): la noción de sistema aislado es cada vez más inadecuada cuando pasamos del hombre a las partículas elementales. Además, el estudio de la "persona" de las células de animales complejos esta actualmente en pleno auge: "da que pensar" el hecho de que sean a la vez ellas-mismas y partes de un ser que las engloba y que les da su cualidad específica.

La Encarnación

La Encarnación del Verbo, Dios, en una época y en un lugar concretos de su propia creación, bajo la forma de Hijo del hombre, débil, mortal y sufriente, jamás podrá ser inteligible si el espíritu se presenta sin relación con la historia. Independientemente de las modificaciones que tal hecho debería implicar en la exposición tradicional de la estructura de la razón que es la lógica.

La extrañeza que pueda causar la afirmación de un vínculo necesario entre el espíritu y la historia queda atenuada si se tiene en cuenta que en el proceso evolutivo el espíritu ha aparecido como una cualidad global del hombre, y que el conocimiento de la materia en sus detalles más precisos sólo se puede efectuar a través de un "formalismo" cada vez más abstracto, como si la matemática formase parte intrínsecamente de una materia que evoluciona con el tiempo.

El Amor

Las creaturas y Dios están entrelazados en una relación de amor sin la cual todo perderla su sentido. Parece, pues, inconcebible que la inteligibilidad del mundo pueda prescindir de cierta dimensión de amor. Pero lo inverso es también inconcebible. Aquí, el "escándalo" de la fe llega a su culmen.

Y, no obstante, si de nuevo vemos el mundo en toda su historia, quizá el misterio aparezca menos escandaloso, y menos insensata la tarea que implica. Basta fijarse en la aparición creciente del amor en las relaciones entre los sistemas físicos, desde los seres vivientes más elementales hasta el hombre, teniendo como centro esa fraternidad que Cristo exige de nosotros y que, a su vez, la ciencia y la técnica, no cesan de promover.

Es un hecho irrecusable que la fe del científico es a la vez oración y programa. Y no por eso su fe ha de ser menos auténtica.

Notas:

¹Nuestra civilización es eminentemente científica y técnica; en cambio, la reflexión teológica se realiza todavía en esquemas mentales muy distintos, lo que plantea serios problemas al científico creyente. A primera vista puede parecer que su fe es en todo semejante a la de los demás cristianos, pero si penetramos en ella percibiremos la búsqueda angustiada de su inteligibilidad. El testimonio del autor es claro; antes de rechazarlo o rebatirlo vale la pena esforzarse en comprender su perspectiva, cuya importancia no se ha destacado bastante. Quizá logremos darnos cuenta de que problemas que pueden parecer resueltos exigen en los creyentes la tarea de una nueva búsqueda común.

Tradujo y extractó: EDUARDO MILLÁS